

PECADOS

que nadie ve



Crecí en un hogar católico. Creía en Dios, sabía de la historia de Cristo y me consideraba una buena persona. Tenía buenas calificaciones en la escuela, no tomaba, ni me drogaba, ni robaba.

Como me gustaban las matemáticas, estudié la licenciatura en matemáticas. En la universidad conocí a unos amigos que nos invitaban a leer la Biblia y a escuchar las enseñanzas de la asamblea local. Muchos alumnos pensábamos que eso no tenía sentido, así que no los tomábamos en serio. Sin imponernos nada, amablemente continuaron. Así que decidí leer la Biblia por mí mismo para ver qué decía.

Una vez me encontré con este texto: “Si hemos esperado en Cristo para esta vida solamente, somos, de todos los hombres, los más dignos de lástima” (1 Corintios 15.19 LBLA).

Me sentí ofendido, pues no pensaba que yo diera lástima. Pero este texto me hizo pensar que mi “esperanza” en Cristo no era realmente una esperanza en cuanto a la eternidad, sino solo para las cosas de esta tierra: salud, dinero, éxito. Consideraba a Dios como a Santa Claus, que hace favores en esta vida si me porto bien.

Asistí a varias reuniones para entender más de lo que se enseñaba, y aprendí que la Biblia dice que todos somos pecadores, que el pecado nos separa de Dios, y que estamos destituidos de su gloria. También aprendí que Cristo había muerto en la cruz para salvar a los pecadores al llevar la pena por los pecados en la cruz, y que Dios nos da el regalo de la vida eterna en Cristo por medio de la fe y no por nuestras obras (Romanos 3; 1 Timoteo 1.15; Efesios 2.8-9).

Por un tiempo seguía pensando que este mensaje no era para mí, porque yo no era “tan” pecador. En una ocasión me pidieron que orara para dar gracias por los alimentos. Me negué. No podía. Sabía que Dios no me aceptaría, pero no sabía por qué. Poco a poco entendí que en verdad mi pecado me destituía de la gloria de Dios. Vi que Dios no solo aborrece los pecados que consideramos “grandes”, sino también los que nadie ve: el orgullo, las mentiras, la discordia (Proverbios 6.16-19). Pude ver que había sido orgulloso, que mis palabras habían hecho mucho daño en el pasado, dejando heridas, provocando divisiones. Era muy pecador y estaba separado de Dios. Estuve de acuerdo con “el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte”

(Romanos 1.32), y por eso necesitaba un Salvador.

Mas ya había aprendido que precisamente por eso había venido el Señor, pues “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5.8). En la cruz, Él anuló “el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria” (Colosenses 2.14). Todo lo pagó Cristo, quien por mí libremente derramó su sangre carmesí. Creí en el Señor Jesucristo, y fui salvo (Hechos 16.31).



Homero Gallegos



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com